

Tlacotalpan y el renacimiento del son jarocho en Sotavento*

Lo mejor que te puede ocurrir cuando te piden que comentes un libro como el de Bernardo García Díaz es que coincida con que dos de tus amigas te digan: “¡es hermoso!” Así, aunque lo siguiente que pienses es si tendrás tiempo para leerlo en medio de esas tantas cosas que siempre hay que hacer, la segunda mejor cosa que te puede ocurrir es que comiences a leerlo y quieras seguir y seguir... y sigas. Eso y por supuesto, prendarse de esa cuidadísima edición, el papel satinado que todavía huele a tinta fresca, la tipografía, y ese fascinante viaje fotográfico por el que discurre el tiempo de Tlacotalpan como si fuera un universo propio.

Comencé a leer y no pude sino decirme: pensar con sentimiento y humanizar un libro. Eso es lo que hace Bernardo, pero con el rigor del historiador y los datos precisos. Es su forma de contar la historia, humanizándola. Lo hace desde su ser poeta también. Su pluma elegante e insinuadora habla de un espacio querido, sentido, pero también objetivado. No pierde de vista lo que quiere contar, y cómo lo hace

* Bernardo García Díaz, con la colaboración de Hilda Flores, *Tlacotalpan y el renacimiento del son jarocho en Sotavento*, Museo de Historia de Mendoza/ Universidad Veracruzana, México, 2016, 192 pp.

lo embellece porque teje la historia eligiendo los colores y la longitud precisa para contarla. Al igual que él es apasionado, su historia de Tlacotalpan se siente viva y despierta, salpicada de momentos de luz que no olvidan ni el lugar ni sus habitantes, ni a los protagonistas de la historia ni al lector, a quien mantiene hilvanado en ese tejer pensado con el sentimiento.

Se lee muy bien, se disfruta mucho el libro. Ya desde el comienzo, donde ofrece una mirada general del porqué allí de Tlacotalpan —su reciedumbre y tenacidad por existir a pesar de las inclemencias y caprichos del río que le da y le quita vida, el Papaloapan—, el escritor asoma muy afinado. Cuenta la historia sin olvidar nunca el lado humano, como cuando al principio menciona cómo el aislamiento de las vías principales de comunicación le permitieron mantener su paisaje arquitectónico y cómo su gente, orgullosa del lugar y heredera de un gusto por el disfrute del vivir, también marcó su sello de identidad:

“El orgullo va más allá de la imagen física de la población —apunta Bernardo—, pues comprende también una forma de ser tlacotalpeña marcada por la vehemencia y desenvoltura cotidianas con las que se experimenta y gusta la vida ahí, en ese recodo espe-

cial de Veracruz. [...] los tlacotalpeños poseen un modo particular, muy suyo y auténtico, de transformar su vida en arte [...] quien ha interpretado papeles protagónicos siempre retiene algo de éstos” (p.10).

Sí, el libro se lee muy bien. Es amable. Organizado en tres grandes secciones (la historia del lugar, la del movimiento jaranero y la del Encuentro), breves apartados dentro de éstas guían al lector en todo el texto: la presencia fiel de la Perla del Papaloapan, su conexión con el son jarocho desde su nacimiento y su desarrollo a lo largo de los siglos, hasta llegar al inseparable papel que la ciudad y su Encuentro han jugado en la revitalización del son jarocho desde mediados de los años ochenta.

Repasa así el nacimiento del lugar; el señorío nahua que fue cuando llegaron los españoles en el siglo XVI; su posición estratégica para el comercio al estar en la confluencia del Papaloapan y el Michapan; su ser pueblo de indios; cómo se fue poblando de peninsulares, mestizos y mulatos durante el siglo XVII; la división de barrios; el emporio comercial en que se convirtió durante el siglo XVIII. Y en ese siglo, la construcción del “jarocho”, el son y los fandangos, así como esa arquitectura inconfundible de Tlacotalpan (las casas de mampostería con arcos de medio punto y portales con columnas, tejados de teja, altas techumbres, ventanas-balcón con

rejas de madera y barrotes de hierro) que alcanzaría su plenitud en el siglo XIX; la edad de oro de los fandangos y la riqueza cultural vertida en ellos a través del son jarocho y su vivencia músico-afectiva, poesía, músicas y bailes entrelazando mundos y recreando una forma de ser, vivir y entender la vida propia. El son jarocho como canalizador de una estética popular que reunía cantos, sentires, deseos y pensares reflejo de todo un existir.

Bernardo nos lo cuenta con pasión y nos habla de la riqueza del lugar, una riqueza vestida de esa identidad jarocho plenamente significada en la expresión musical, la comida, la indumentaria, la poesía, la música, el talento colectivo. Lo hace salpicando la historia con historias personales y carismáticos personajes.

Repasa su auge durante el Porfiriato, el florecimiento cultural e inconfundible conexión con otras partes del mundo. Recorre la historia de su industria azucarera a fines del siglo XIX, sus haciendas en la primera mitad del siglo XX y el debilitamiento comercial que provocó la construcción del ferrocarril y que desplazaría el importante papel que el transporte fluvial había tenido en Tlacotalpan.

Por supuesto, visita el efecto que la Revolución tuvo en la ciudad, la crisis industrial de los años treinta que duraría casi todo el siglo XX y que obligó a Tlacotalpan a concentrarse en actividades tradicionales como la pesca y la

ganadería. Aunque siguió siendo centro comercial de la región y, con ello, centro de actividad musical y fiestera. En concreto, habla de cómo vendedores y compradores y “briosas bailadoras” gustaban de llegar a Tlacotalpan de comunidades cercanas o lejanas a los fandangos “que cada semana organizaba Miguel Ramírez, un comerciante popularmente conocido como *Caballo Viejo*, que tenía una cantina frente a los portales aledaños al Palacio del Ayuntamiento”:

Miguel Ramírez, un hombre alegre e intersado en vender su mercancía, desempeñaría un papel invaluable en la conexión entre bailadoras y músicos de los ranchos y Tlacotalpan. Él, además de colocar una tarima grande —como las que se usaban en los fandangos de antaño que permitía hasta seis bailadoras por lado—, pagaba algunos músicos de las congregaciones y contrataba a una señora para que atendiera a todas las bailadoras y les llevara “su poquito de licor”. El suyo no era el único festejo que se celebraba en esa época, pero sí el más sonado y permanente (p. 46).

Y lo interesante es que Bernardo le pone nombre y apellido a los músicos, a esos briosos intrumentistas, bailadores y bailadoras, y siempre es un deleite escuchar cómo entrelaza la historia del lugar con historias concretas, como la de Cirilo Promotor o la de Elena Ramírez.

Pues sí, hace viva la historia. No se queda en el pasado sino que recorre la historia desde los años treinta a la actualidad. Y en todo eso, entreteje la trayectoria histórica del son jarocho y del movimiento jaranero desde ese decaimiento de los años cuarenta hasta el renacer actual.

Me gusta su forma vivaz de contar los procesos de descontextualización y los cambios (a nivel de repertorio, interpretación, instrumentación, etcétera) que sufrió la música tradicional, y el repaso que hace de la revitalización del son en los años ochenta, el hilo conector de la música tradicional que se mantuvo y cómo se inició el Encuentro de Jaraneros en 1979. Habla de los actores que propiciaron esta suerte de Encuentro y de grupos que impulsaron las formas tradicionales de tocar y vivir sonos, tales como Mono Blanco y su maridaje con Arcadio Hidalgo, primero, y con el *Guëro* Vega después. Habla de la labor fundamental de instituciones y también de las segundas y terceras generaciones de músicos, promotores culturales, lauderos y, en fin, un colectivo que contribuyó a la recuperación del son, al *boom* del mismo en la década de 1990 y a la transnacionalización del género a partir del año 2000. Y sí, le da nombre y apellido a los nuevos grupos de soneros, a los intérpretes ya establecidos, a los que iban añadiéndose y que de una u otra manera contribuyeron al movimiento.

Se goza el leer a Bernardo. Cuando habla de personajes como Arcadio Hidalgo y Antonio García de León, la voz del historiador vuelve a sonreírle al corazón grande que lleva dentro.

Aunque Tlacotalpan cataliza tendencias, no se olvida de otros centros de recuperación del son jarocho, de la cuenca oaxaqueña del Papaloapan y de partes del sur de Veracruz y Tabasco. Es atinado e inclusivo y su mirada abarca y acoge a la mayoría. Cuenta lo bueno y lo menos bueno, el esfuerzo colectivo, el tiempo que llevó el ver resurgir propuestas y haceres en el renacer del son jarocho y en el mismo Encuentro de Jaraneros. En fin, cuenta cómo el movimiento jaranero se con-

virtió en un movimiento cultural que se siente vivo porque los actores sociales han luchado por ser dueños de su propia expresión cultural.

También, cómo no, habla de los retos de Tlacotalpan para conciliar y canalizar esa fiesta que ha vuelto a situar en el mapa a esa hermosura de ciudad que es la Perla del Papaloapan pero que, a la vez, ha visibilizado otros retos que la ciudad debe afrontar.

¡Enhorabuena Bernardo!, pensar con sentimiento y sentir con la razón da sus frutos.

Raquel Paraiso
Instituto de Antropología,
Universidad Veracruzana